

obras. Cuando la Patria reciba en su seno su cadáver, su cuerpo habrá desaparecido, pero su memoria quedará en pié, porque si el hombre muere, el pensamiento es eterno.—HE DICHO.

Tenemos el sentimiento de no poder insertar el discurso del Sr. Rivera Cambas, porque á pesar de nuestras reiteradas instancias no logramos obtenerlo.

La Comision.

DISCURSO

Que en la sesión extraordinaria, celebrada el 31 de Diciembre de 1889 con asistencia del Sr. Presidente de la República por la Sociedad de Geografía y Estadística, en conmemoración del Sr. D. Manuel Orozco y Berra, leyó D. José María Vigil en nombre de dicha Sociedad.

SEÑOR PRESIDENTE, SEÑORES:

El ejemplo que en estos momentos ofrece la Sociedad de Geografía y Estadística es de altísima significación, porque expresa de una manera elocuente á la par que sencilla, el homenaje respetuoso y de justicia merecido á uno de esos mexicanos ilustres, cuya vida entera se consagra á enriquecer la literatura patria. La obra del sabio, pacientemente elaborada en la soledad y en el silencio, tiene el privilegio de escapar á las injurias del tiempo; de sobrevivir á la ruina de los más florecientes imperios; de seguir hablando á las generaciones futuras una lengua que nunca muere, y de prolongar por serie indefinida de siglos, su benéfica cooperación en el perfeccionamiento de las sociedades humanas. Nada puede haber por lo mismo, más noble y más legítimo, que el culto tributado á la memoria de los hombres beneméritos, que afrontando con valor las adversidades de su destino, sobreponiéndose á las imperiosas exigencias de la vida real, sólo obedecen á una necesidad irresistible de su alma: la de atesorar la ciencia para prodigarla luego en provecho de sus semejantes.

Estas consideraciones, enunciadas de una manera abstracta, aparecen más sensibles cuando las aplicamos á nuestra patria; porque circunstancias especiales dan mayor realce á las labores intelectuales que en su beneficio se efectúan. Tesoros de inagotable riqueza, tanto en el orden físico como en el moral, nos rodean por todas partes; pero tesoros ocultos, desconocidos de la multitud, que los huella inconscien-

ñola. Abundantísimos fueron los materiales que tuvo á su disposición para llevar á cabo obra tan importante; pero esa misma abundancia dificultaba la empresa, pues en medio de tal copia de documentos había que proceder á un trabajo de selección prudente y rigurosa, para fijar con exactitud los hechos y resolver acertadamente las cuestiones que han dividido á nuestros primitivos historiadores. Ya en el siglo pasado, el sabio Clavijero había emprendido un ensayo de crítica, con el fin de determinar el puesto que de justicia merece cada uno de los escritores que nos transmitieron el fruto de sus investigaciones históricas. Más afortunado nuestro Orozco y Berra, pudo proceder con mejor éxito, no sólo porque tuvo á su disposición todo lo que de un siglo acá ha producido la erudición moderna, sino porque su espíritu al recorrer una esfera mucho más extensa, se sintió con plena libertad para emitir sus juicios, sin miedo á las trabas que contuvieron en estrechos límites al ilustre jesuita.

Había, sin embargo, una cosa que le mantenía en continua reserva, y era esa timidez, esa desconfianza de sí mismo, que caracteriza al escritor concienzudo y en que estriba su principal mérito, pues al sentir la magnitud del peso que ha echado sobre sus hombros, flaquean sus fuerzas, y se previene contra toda sugestión personal, como tentación peligrosa capaz de desviarle de la recta vía que se propone seguir. Cuál haya sido esa vía, él mismo lo declara con su genial modestia, cuando refiriéndose á los historiadores que le precedieron, dice: "Generalmente hablando, divídense éstos en dos opuestas banderías. Los unos, preocupados por el amor de raza, por el respeto á la religión, por la diferencia de principios civilizadores, y urgidos por los tiempos en que vivían, ven con la luz de sus ojos preocupados los distantes objetos, y en su juicio apasionado desaparecen los indios por inútiles y bárbaros, llenando por completo el cuadro las robustas figuras de los castellanos. Los otros, igualmente descaminados por la influencia de los tiempos y de las ideas modificadas, hacen ostentoso alarde de patriotismo y de filosofía, sublimando más de lo merecido á los indígenas y derribando de sus pedestales á los españoles. Entrambos juicios me parecen erróneos, por tocar en lo absoluto. Apartándome de estos extremos, he procurado buscar la verdad y la justicia: acaso yo también incurra en la censura porque me preocupe en favor de persona, hecho ó idea; que ningún hombre puede alcanzar la perfección en la rectitud del juicio y lo inflexible de la voluntad para ser imparcial."

He aquí al filósofo, que siguiendo el consejo de Bacon, pone á su razón plomo en vez de alas para mantenerse cuanto es posible cerca de la realidad, y no remontarse á los espacios imaginarios, de donde baja en seguida para dar sus propias lucubraciones como frutos sazonados de la investigación científica.

En el pasaje citado señala el Sr. Orozco y Berra de una manera clara y sencilla los obstáculos que embarazan los pasos del historiador de México. ¿Qué más lejos de nuestras ideas y de nuestras costumbres que las costumbres y las ideas de los antiguos pobladores del Anáhuac? ¿Qué hecho más depurado, más analizado y menos ligado con intereses y pasiones actuales que la conquista? Parecería pues, que esas épocas, esos acontecimientos quedaron exclusivamente bajo el dominio de la especulación filosófica, sin que nada fuese á turbar las olímpicas labores de una razón serena. No es así, sin embargo. Y esto se comprende. La historia de un pueblo puede dividirse en períodos perfectamente distintos; pero esa división no significa solución de continuidad en la vida del mismo pueblo. La sociedad actual tiene sus raíces más allá todavía que en la dominación española; el orden de cosas creado por ésta dió origen á un conflicto, que hasta nosotros se extiende, con el orden de cosas que existía antes de la conquista. Las manifestaciones han cambiado de forma; la polémica se ha elevado; el teatro de los debates se ha engrandecido; pero el conflicto subsiste, y por consiguiente las pasiones que su energía despierta.

La mayor ó menor estimación del grado de adelantamiento en que se hallaban las naciones antiguas, disminuye ó aumenta el valor moral de la conquista; y el juicio favorable ó adverso que se forme sobre el régimen colonial, rebaja ó enaltece la obra de la insurrección, y por ende los sucesos posteriores á la independencia. Esto explica el acaloramamiento que suscita la discusión sobre cualquier punto de nuestra historia. Los pueblos, por otra parte, son más sensibles al mal que al bien, y propenden á concretar en determinadas instituciones ó en determinadas clases el origen de infortunios que han dejado en su memoria dolorosas huellas. Obedeciendo los sentimientos á la ley del contagio, la posición subordinada, á que quedaron reducidos los hijos de los dominadores, creó un lazo de simpatía con las razas dominadas, y esa simpatía fué el resorte más poderoso de la revolución que colocó á México en la categoría de las naciones soberanas. Verificada la independencia, rotos los lazos políticos que nos ligaban con la Eu-

te, y pasa adelante sin saber utilizarlos para avanzar con paso seguro por la senda de la civilización; así es que el hombre, que sacudiendo la indiferencia general consagra su vida á investigaciones trascendentales en alguno de los infinitos departamentos que constituyen el dominio de la ciencia, logra conquistar cierto número de verdades, sin tener en perspectiva más recompensa que las manifestaciones de una gratitud póstuma, merece sin duda alguna, esa veneración particular que todos los pueblos han tributado siempre al genio enaltecido con la refulgente aureola del martirio.

El conocimiento de la propia historia es quizás lo que más importa á las naciones, pues no es otra cosa que la aplicación colectiva de la máxima más elevada de la antigua filosofía: Conócete á tí mismo. Ese conocimiento, constituido por la experiencia acumulada, y suficientemente discernida durante el curso de muchas generaciones, es no sólo un juicio del pasado, sino una norma del presente y un preservativo del porvenir. Los sucesos prósperos ó adversos allí contenidos; las épocas de gloria y decadencia, de prosperidad y abatimiento, muestran con la elocuencia severa de los hechos mismos, preciosas enseñanzas que con nada pueden suplirse; porque en el estudio del mundo real hay que fundar el conocimiento del mundo real.

Desgraciadamente ninguno de los ramos del saber humano es tal vez más accesible al error que la historia. La esencia inagotable de los hechos, su complejidad infinita, desafían el más acucioso análisis; el observador más imparcial es impotente para contemplar cara á cara la realidad pura. No es su espíritu la placa inconsciente del daguerreotipo, que reproduce con fidelidad automática la imagen del objeto que se le presenta; sino que semejante á la abeja elabora los elementos que recoge para darles con su propia sustancia nueva forma; es, en suma, el sér inteligente que identifica con el objeto observado sus estados de conciencia para convertirlos en seguida, por una acción refleja, en materia de su juicio.

De aquí proceden las diversas corrientes de ideas que dan origen á las diversas escuelas históricas. El filósofo es incapaz de sustraerse á las multiplicadas influencias del medio que le rodea. Bajo las tranquilas esferas en que reina la razón como soberana, existen fibras delicadísimas, que se agitan al más leve contacto, y cuyas vibraciones van á perturbar el silencio de la meditación científica. La pasión toma entonces el carácter de celo por la verdad; la idea se reviste con

los colores que la sensibilidad le presta; la fantasía da vida y movimiento á la imagen así informada, y la palabra termina por vaciar en molde fijo la creación artística, que pasa en seguida á ocupar su sitio en la inacabable galería de la historia.

¿Deducirémos de aquí la imposibilidad absoluta de producir una obra histórica fidedigna? ¿Darémos cabida á las frías sugerencias del escepticismo para establecer con un célebre escritor que la historia no es más que el arte de escoger entre varias cosas falsas la que más se parece á la verdad? De ninguna manera. Lo que sí puede decirse es que no se debe exigir de la historia más de lo que la historia puede dar; que el intento de eliminar ó de suprimir la individualidad del historiador, envuelve una imposibilidad psicológica; y que el punto á que debe aspirarse es armonizar de tal modo el hecho con la idea, que de su concordancia resulte la unidad superior de la verdadera historia.

Pero ¿es esto posible? Creo que sí, y pocas palabras me bastarán para fundar mi pensamiento. Los hechos que forman el cuerpo de la historia, no son entidades concretas que poseen por sí mismas valor efectivo; sino fenómenos, cuya significación real no puede comprenderse sino relacionándolos con los pueblos que los producen, y que á su vez son instrumentos de las ideas y de los sentimientos que los mueven. Estas ideas y estos sentimientos son pues en último análisis la verdad sustancial de la historia; y penetrar en ella, identificarse con ella, es á lo que viene á reducirse la solución del problema. Así es que vivir con la vida del pueblo cuya historia se narra; reunir en el corazón y en la inteligencia, como en doble foco, los sentimientos, las aspiraciones, las ideas que agitan á las sociedades al través del tiempo, he aquí la condición fundamental para desempeñar debidamente tarea tan difícil; porque es tanto como colocarse en lugar de los personajes del gran drama para dar á los hechos la significación adecuada con el principio de que proceden; y entonces la obra del filósofo se simplifica sobre manera; pues para interpretar, para juzgar los hechos, es preciso comenzar por comprenderlos en su causa.

Estas observaciones me han parecido necesarias para valorar en cuanto me sea posible el mérito de los trabajos llevados á cabo por el Sr. Orozco y Berra; por ese eminente mexicano, cuyo nombre se pronuncia con respeto por propios y extraños. La ilustración de las personas que me escuchan, me exime de entrar en pormenores biográfi-

cos y bibliográficos que les son perfectamente conocidos, y paso desde luego á trazar en el estrecho círculo en que debo circunscribirme, los caracteres que en mi concepto forman la originalidad del escritor cuya memoria celebramos esta noche.

La historia de México presenta tres épocas del todo distintas, que la dividen naturalmente en otros tantos períodos: la época antigua, la media y la moderna, ligadas entre sí por dos períodos de transición: la conquista del siglo XVI, y la insurrección verificada en principios del presente siglo. Copiosas son las relaciones que se han escrito, y más copiosas aún los documentos que existen, publicados ó inéditos, relativos á esas épocas. El interés extraordinario que provocó en los sabios el descubrimiento del Nuevo Mundo, se ha transmitido hasta nuestros días, en que la persistente labor de una erudición infatigable, ensancha más y más el campo de sus investigaciones, procurando descifrar los problemas relativos al origen y al desenvolvimiento social de los pueblos antiguos. Esos pueblos, en lo que á nosotros concierne, no obstante las pérdidas irreparables, ocasionadas por causas diferentes, contribuyeron con un caudal riquísimo de todo género de monumentos, que han ofrecido preciosos temas de meditación y de estudio. Dignos de eterna loa son por otra parte, los hombres, que á raíz de la conquista, se consagraron á recoger cuidadosamente de labios de los vencidos, sus tradiciones, sus leyendas; que redujeron sus lenguas á sistemas gramaticales; que descifraron sus jeroglíficos, y que no perdieron esfuerzos para darnos cabal idea de sus creencias religiosas, de sus conocimientos científicos y artísticos, de sus costumbres, etc., etc.

La materia, sin embargo, era tan vasta, que no fué posible abarcarla en su totalidad: obstáculos de varia índole propios del tiempo dificultaban además las publicaciones, y de ahí que gran número de importantísimos trabajos hubiesen permanecido inéditos hasta nuestros días, sin contar los que menos afortunados, perecieron por la incuria de sus poseedores. Así es que la ciencia moderna ha tenido que emprender un doble trabajo de erudición y de reconstrucción; pues á la vez que escudriña archivos y bibliotecas para desenterrar del polvo del olvido curiosos manuscritos y darlos á la estampa; y emprende exploraciones arqueológicas para examinar atentamente las grandiosas ruinas de antiguos edificios; y busca en el seno de la tierra objetos que depongan como testigos fehacientes acerca del lugar que las generaciones pasadas ocupaban en la escala del movimiento humano, procura

utilizar todos esos materiales que descubre y acumula, elaborando con ellos nuevas obras en que aclara puntos oscuros y resuelve dificultades que parecían insuperables.

Servicios de valor inapreciable en uno y en otro sentido prestó el Sr. Orozco y Berra; y ya que no es de este lugar hacer la enumeración de sus obras, sí diré que la multitud de sus artículos publicados en diversos periódicos, en memorias de Estado, y en el apéndice al Diccionario universal de Historia y Geografía, forman otros tantos capítulos de ese inmenso conjunto histórico, que comprende así el territorio como las razas, las lenguas, los mitos, las tradiciones; preciosas monografías en que hay mucho que aprender, pues en ellas se conquista siempre alguna verdad ó se destruye algún error. Unas veces, como en la *Noticia histórica de la conjuración del Marqués del Valle*, nos da la verdadera significación de sucesos notables por su trascendencia social y política; otras, como en la *Geografía de las lenguas y Carta Etnográfica de México*, abre nuevas sendas á la filología con su clasificación lingüística, y arroja no escasa luz sobre las inmigraciones de las tribus indígenas. Ya ilustra la numismática y la estadística con sus estudios sobre la moneda, la población y las divisiones eclesiásticas de la República; ya logra arrancar recónditos secretos á la logografía con sus ensayos de descifración jeroglífica; ya consigue destruir las dificultades que las diferencias entre los historiadores primitivos ofrecían para la coordinación de los hechos, con su notable *Estudio de cronología mexicana*; ya hace comprensible el texto de antiguos cronistas, mediante notas y comentarios que á la par revelan profunda instrucción y recto criterio; y ya por último, comunica nuevo impulso á la geografía del país dando idea de las divisiones territoriales desde el tiempo de la dominación española hasta nuestros días; fijando las posiciones y alturas de varios puntos sobre el nivel del mar, y escribiendo la célebre *Memoria para la Carta hidrográfica del Valle*; la *Historia de la geografía en México*, y los *Materiales para una Cartografía mexicana*, obra de altísimo empeño, en que se registran más de 3,400 cartas generales, particulares, eclesiásticas, etc.

Síntesis de sus largos y profundos estudios sobre las cosas de México fué la *Historia antigua y de la conquista*, en que abarcó por decirlo así, cuanto hasta su tiempo podía saberse de seguro acerca del modo de ser social, religioso y político de los diversos pueblos que ocupaban nuestro territorio, antes de que fuese sometido á la dominación espa-